

ALGUNOS ASPECTOS DE LA VISION HISTORICA DE  
JAIME EYZAGUIRRE

---

EN SU VASTA Y FECUNDA labor historiográfica, Jaime Eyzaguirre ha cubierto una rica gama de tópicos y ha cultivado los más variados géneros, el ensayo y la biografía, el estudio erudito y el manual, la crítica polémica, la exposición cronológica y la gran síntesis. Por compleja y variada que sea esta obra, ella reviste, no obstante, una completa unidad: unidad que emana, no de abstractos esquemas conceptuales, sino de la misma personalidad de Jaime Eyzaguirre, pues en él vida y obra se complementaban y se integraban. Jaime Eyzaguirre vertía su fe, sus convicciones y sus esperanzas en su obra y ésta quedaba impregnada de su personalidad. Mediante un poderoso esfuerzo intelectual, Jaime Eyzaguirre objetivaba sus reacciones subjetivas y procedía en su labor historiográfica conforme a las más rigurosas exigencias científicas, de modo que sus obras constituyen auténtica historia y un riquísimo aporte a la ciencia histórica. Pero al mismo tiempo imprimía a su obra el sello inconfundible de su personalidad y de su pensamiento, y por eso su obra historiográfica, siendo ciencia, es más que ciencia, es un mensaje, es testimonio, es verdad vivida.

El historiador Eyzaguirre manejaba con maestría las técnicas de la historiografía erudita. Dotado de memoria prodigiosa y de aquel instinto especial que debe tener el investigador para dar con la documentación precisa, Jaime Eyzaguirre conocía a fondo los archivos y las fuentes primarias. Gustaba del documento como testimonio directo del pasado, y la búsqueda y revisión de las fuentes le causaba auténtico placer. Arrancó del olvido innumerables documentos inéditos y los dio a conocer en las sesiones de la Academia Chilena de la Historia y a través del Boletín de la Academia y de la Revista *Historia*.

Jaime Eyzaguirre conocía bien la literatura secundaria, la aprovechaba y la sometía a su juicio crítico; sin embargo, su obra historiográfica y aun los ensayos que, por su naturaleza, carecen de todo aparato erudito, fueron extraídos de las fuentes originales mismas, lo que les confirió aquella vida y aquel colorido que sólo se produce en el contacto directo con los testimonios inmediatos del pasado.

La belleza formal de sus obras no debe hacer olvidar que ellas fueron arduamente trabajadas y que están impregnadas de erudición. Sin embargo, Jaime Eyzaguirre no se quedó encerrado dentro de los límites de la historiografía erudita. La erudición era para él un simple medio para evocar el pasado y penetrar en el misterioso proceso de la historia. La historia se le presentaba, en primer lugar, como historia del hombre, del hombre concreto, de la persona, llamada a realizar en el tiempo todas las posibilidades de su naturaleza y a trascender los límites de la existencia histórica para alcanzar su fin último.

Este interés por la persona como protagonista, actor y víctima de la historia tenía sus raíces en su propia personalidad. Jaime Eyzaguirre se sabía criatura, un ser creado a imagen y semejanza de Dios, se sabía pecador, consciente de sus limitaciones y deficiencias. El vivía intensamente la dualidad tremenda del vivir humano; se sentía inmerso en el tiempo y gozaba y sufría con sus placeres, sus peligros y sus tentaciones; pero no se entregaba al tiempo ni esperaba de éste la plenitud ni la felicidad, sino que luchaba por integrar su vida al orden sobrenatural de la gracia y del amor. Experimentaba en su propia persona el dolor y la felicidad de ser un ser humano y esta experiencia de su propio vivir se traducía en un profundo interés por el prójimo. Deseaba saber lo que cada alma representa y buscaba en ella la imagen de Dios.

De este interés y de este amor por la persona nacieron sus biografías: *Ventura de Pedro de Valdivia*, *O'Higgins*, *El Conde de la Conquista*, *El Alcalde del año diez*. Y también en sus otras obras hay siempre la referencia al hombre, al personaje concreto.

Con pocas y certeras palabras, con breves pinceladas lograba caracterizar el personaje y conectarlo con el desarrollo histórico.

En *Chile durante el gobierno de Errázuriz Echaurren* caracteriza con las siguientes palabras a Federico Errázuriz: "Extraído de un medio en que la actividad política constituía un hábito, se agruparon en su persona los rasgos distintivos de varios Presidentes anteriores: la modestia y el buen sentido de Pinto; la socarronería y astucia de Pérez; el culto a la ley de Montt; el instinto de mando de Errázuriz Zañartu; el fervoroso patriotismo de todos ellos;... vislumbró el porvenir industrial de Chile, sin que le nublara la vista su amor al agro;... se empeñó... en sustraer la autoridad presidencial de los monopolios de círculo y aspiró a verla transformada en un poder moderador de los intereses en juego"<sup>1</sup>.

Estas pocas frases nos dan la imagen del hombre, lo ubican en el contexto histórico y definen todo un estilo de gobierno.

O veamos las palabras con que en *Historia de Chile* se caracteriza a Pedro de Valdivia: "Tenía Pedro de Valdivia unos 35 años de edad cuan-

---

<sup>1</sup> *Chile durante el gobierno de Errázuriz Echaurren*, 1896-1901. Empresa Zig-Zag, S. A. Santiago, 1957, 365.

do en los primeros meses de 1537 llegó al Perú en un socorro de hombres pedido por Francisco Pizarro a la Audiencia de Santo Domingo para contener un alzamiento indígena. Mediano de estatura, ancho y robusto de cuerpo, el rostro amable y los cabellos rubios, poseía un talento señorial y varonil y una suficiente ilustración. Era originario del valle de La Serena, en Extremadura, adonde su linaje, de noble abolengo, había llegado con la reconquista desde el norte para alzar casa solariega en la villa de Castuera. Siguiendo el atavismo de su sangre guerrera se alistó joven en los tercios imperiales. Sirvió en Flandes, continuó en Italia, y allí, bajo un maestro de la estrategia, el marqués de Pescara, actuó en la memorable batalla de Pavía”<sup>2</sup>.

En un par de frases se define el físico y el carácter del personaje, su origen genealógico y su condición social, los factores y hechos que influyeron en su información, quedando así establecida la relación entre la persona y el proceso histórico.

El interés de Jaime Eyzaguirre por la persona humana y el personaje histórico tenía su base en la virtud teológica del amor. Este amor hacia la persona como criatura divina llevaba a Jaime Eyzaguirre a aprehender el personaje en su propia realidad y conforme a su propio valor. Y ello lo capacitó para escribir las biografías de personajes tan diferentes de su propia personalidad y tan distintos entre ellos mismos como lo fueron Pedro de Valdivia, Mateo Toro y Zambrano y Bernardo O’Higgins.

Las biografías no se detuvieron en el análisis psicológico, sino que, trascendiendo la subjetividad del individuo, procuraron determinar su sentido objetivo y general y con eso su significado histórico.

Jaime Eyzaguirre trató siempre de comprender los fenómenos particulares de la historia como parte de un todo e integrarlos en una visión de conjunto del proceso histórico.

Esta visión de la historia derivaba de categorías meta-históricas y emanaba de las dos fuerzas que configuraban fundamentalmente la personalidad y el mundo espiritual de Jaime Eyzaguirre: su conciencia nacional y su fe religiosa.

Jaime Eyzaguirre, vinculado a través de sus antepasados con la historia nacional, comprendió este vínculo como un compromiso y una responsabilidad. Amaba a Chile con pasión y ardor. Se sentía responsable de su futuro y deseaba que este futuro fuese digno de su pasado. En sus Ensayos y en sus obras históricas sistemáticas se planteó una y otra vez el problema del ser de Chile y de América. Como historiador comprendía que el ser de Chile no podía ser definido de una manera abstracta, sino que debía ser descrito a través de sus manifestaciones y realizaciones, ha-

---

<sup>2</sup> *Historia de Chile. Génesis de la nacionalidad*. Zig-Zag. Santiago, 1965, 61.

bía que escribir su historia. Y toda su labor historiográfica obedeció justamente a este fin de escudriñar y retratar la *fisonomía de Chile*.

La fascinación que Jaime Eyzaguirre tenía como maestro y que se trasluce a través de sus obras, radica en gran parte en el hecho de que él era un hombre profundamente comprometido, para quien la interpretación del pasado nacional no era una fría labor intelectual, sino que brotaba del esfuerzo por definir el ser de la nación.

Esta conciencia nacional, si bien tenía ciertamente un contenido emotivo, no era una fuerza irreflexiva, sentimental o irracional, sino que era pensamiento que procuraba determinar el significado general y universal que pudiera tener la existencia nacional y la historia de Chile.

Esta universalidad en el pensamiento nacional e histórico de Jaime Eyzaguirre se derivaba, por otra parte, de la segunda y la más honda fuerza que configuraba su mundo espiritual, su fe religiosa.

Jaime Eyzaguirre era un cristiano quien, afirmando su existencia en Dios, se esforzó por aprehender a través de la relatividad y contingencia de las cosas humanas lo absoluto de Dios.

El veía, con dolor y con honda preocupación, los signos de descristianización en la sociedad actual y el creciente divorcio entre el mundo de la naturaleza y el mundo de la gracia.

Frente a esta disociación el cristiano debía dar testimonio vivo de su fe. Jaime Eyzaguirre rechazaba una postura angelista que "desdeñara todo contacto con la vida y se replegara incontaminada al interior del espíritu, a la vez que insistía en que "el reino de Dios, si bien debía realizarse en este mundo, no podía ser impuesto conforme a los métodos de este mundo". "Un paso inicial para el cristiano de nuestro tiempo ha de ser hermanar la fe con la caridad, ordenando de esta manera los atributos del mundo de la gracia. Sólo así podrá llegar a dominar decisivamente el orden temporal en todas sus manifestaciones. Lo que la hora reclama no es perderse en un activismo ni incluirse en un soberbio y egoísta intelectualismo, sino soldar la acción con la contemplación, poner la fe en movimiento de caridad. Antes que políticos, sociólogos, filósofos y artistas, necesitamos santos, precisamente para que el Estado, la economía, el pensamiento y la estética adquieran algún sentido. En balde se esparcerá la letra del mensaje si él no se encarna antes plenamente por sus difusores. El mundo está ahito de ideas y programas y lo que necesita es un testimonio vivo, tan apasionado y total como el que le dieron los fieles del tiempo apostólico, para creer que la levadura de entonces no ha perdido hoy su virtualidad salvadora. Lo que el mundo espera para convertirse es la conversión de los propios cristianos. Porque el mal que lo acosa no se cura con derroche de técnica, sino con una heroica dación de amor, que es la técnica de las técnicas"<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> *Introducción al tema de la cultura cristiana*. Estudios. N° 205. Mayo de 1950, 14-15.

Conforme a sus palabras, Jaime Eyzaguirre fue un testimonio vivo, apasionado y total quien virtió su pensamiento en su obra y se entregó íntegramente y con amor a su labor. Procuró comprender la historia como expresión acabada del poder y de la inteligencia de Dios y trató de penetrar en su misterio y percibir la huella del tránsito divino.

La historia, en su dimensión natural, se le presentaba como el quehacer del hombre que, como ser libre, nacional y social, realiza su esencia en la existencia temporal y crea una cultura como manifestación y definición de su modo de ser y como unidad de valores. A través de la cultura, el hombre realiza su destino histórico. En la cultura se conjugan pasado, presente y futuro y de esta manera se supera en el desarrollo cultural el momento fugaz. Sin embargo, toda cultura está sujeta a las limitaciones del tiempo y de la existencia finita. Ninguna cultura expresa la plenitud de las posibilidades humanas. "La ley de la contingencia y la ley de la libertad corroen de manera fatal toda cultura y la empujan al perecimiento inevitable" <sup>4</sup>.

Mientras que en la cultura el hombre se realiza en su dimensión natural, a través de la religión él se une con Dios y orienta su existencia hacia su fin último. "La cultura es el estilo que el hombre da a la ciudad terrestre. Su misión es realizar un destino histórico y como tal nace y termina en el tiempo. El campo propio de la religión... y, concretamente... del cristianismo, es el desarrollo... del reino de Dios, paradójicamente cuajado entre las contingencias y azares del tiempo, y que desembocará maduro y repleto en la eternidad" <sup>5</sup>.

Si bien la cultura no se confunde con la religión, ella será tanto más rica y plena cuanto mayor sea la intuición que el hombre tenga de Dios en la historia. Por eso se impone al cristiano la obligación de contribuir a la formación de una cultura cristiana.

En la historia de Occidente la religión cristiana ha encontrado hasta ahora dos grandes y ricas expresiones: la cultura románico-gótica que abrazó toda la Europa occidental y la tridentino-barroca que por espacio de dos siglos rebalsó ambas latitudes del mundo hispánico.

Jaime Eyzaguirre se sintió identificado con esta cultura barroca. El amó intensamente a la España del Siglo de Oro, la España de los Reyes Católicos y de Felipe II, la España de los Santos e Hídalgos, esa España que había luchado por crear un orden humano basado en la fe católica.

En apretada síntesis, Jaime Eyzaguirre resume en las siguientes palabras la vocación de España: "Frente al proceso secularizador de la cultura y al nacionalismo religioso, España opone la concepción católica de la vida y el ideal de la unidad europea bajo este signo. El pueblo, que

---

<sup>4</sup> Idem, 4.

<sup>5</sup> Idem, 6.

por centenares de años ha luchado contra el Islam, cree, al concluir con éxito la cruzada en casa, que ha de salir fuera de ella a campear por iguales principios. En contraste con el héroe del humanismo, afirmado en el yo, opone el caballero cristiano que hace del vivir una milicia al servicio de Cristo. La cultura reviste para él un sentido trascendente, en lo que coincide con el viejo espíritu medieval, aunque no se cierra por esto a las aportaciones valiosas del tiempo nuevo. Así el ideal renacentista de la fama, como las nuevas formas de la poesía, de la arquitectura y la pintura, nacidas en Italia y Flandes, hallan aquí cabida, pero se subordinan a la esencia nacional que permanece inalterable. A diferencia del europeo y el humanismo, no hay ruptura histórica, sino conservación de los valores que se estiman permanentes y actualización vital de los mismos”.

“Toda la política de España del siglo XVI gira en torno a estos ideales, y sus monarcas, Carlos V y Felipe II, se consagran a ellos con fervor. El monumental edificio de San Lorenzo de El Escorial, que este último alza en la desolada y pedregosa llanura de Castilla, parece recoger toda la cosmovisión del español de entonces y su verdadero sentido del Estado. Su marco estilístico sigue las armónicas y serenas líneas grecorromanas gratas a la época, pero su interior se aparta del naturalismo culto exclusivo del goce y la belleza que presentan las grandes construcciones italianas y francesas de entonces. El Escorial es a la vez palacio, monasterio y tumba. Es el sitio donde el rey gobierna medio mundo, unido a la oración de los monjes y en la contemplación del más allá. La política resulta así una tarea que trasciende el tiempo; el monarca, un instrumento al servicio de Dios, y el recuerdo de la muerte, la advertencia continua de la limitación humana y del encuentro ineludible con la justicia eterna”<sup>6</sup>.

Para Jaime Eyzaguirre, la España filipina y barroca constituía la realización concreta y la comprobación de su visión de la historia. Por eso su amor por España no tenía carácter sentimental ni emanaba de un nostálgico recuerdo de la tierra de la cual en lejanos tiempos habían salido sus antepasados, sino que correspondía a una concepción clara y definida de la historia.

De esta concepción derivaba el llamado Hispanismo de Jaime Eyzaguirre, este hispanismo que no era una doctrina política y que no implicaba una subordinación de lo americano a lo español, sino que era conciencia de los valores universales que habían hecho nacer a América a la historia y que habían hecho brotar en el Nuevo Mundo un alma colectiva capaz de proyectarse en una realidad cultural.

Jaime Eyzaguirre reconocía, ciertamente, el significado propio que la naturaleza y los elementos aborígenes del Nuevo Mundo tuvieron para

---

<sup>6</sup> *Historia de Chile. Génesis de la nacionalidad*. Zig-Zag. Santiago, 1965, 55.

la formación de la cultura americana. Mas él señalaba que sólo la Conquista española había unido a los diversos núcleos raciales existentes en América en un destino común, y que, al introducir los españoles su Estado, su derecho, su economía y la religión cristiana, habían establecido las bases para un desarrollo coherente, de modo que, en un sentido estricto, la historia de América empezaba con la llegada de los españoles.

Aplicando esta idea al caso concreto de Chile, se refiere en los siguientes términos a la historia nacional: "Si historia es la sucesión consistente y colectiva de los hechos humanos, la de Chile sería inútil arrancarla de una vaga y fragmentaria antecendencia aborígen, carente de movilidad creadora y vacía de sentidos y horizontes. Chile se revela como cuerpo total y se introduce en el dinamismo de las naciones a través del verbo imperial de España. Por eso la primera y más de una de las páginas siguientes de su vida serán páginas españolas, con todas las modalidades propias que se quiera, pero sin velar en esencia la fisonomía originaria" <sup>7</sup>.

Por comenzar la historia de América con la llegada de los españoles, es un error hacerla empezar recién con la Independencia. La Independencia tiene ciertamente profundo significado: significó la ruptura política con España y entregó a los mismos pueblos iberoamericanos la responsabilidad por la configuración de su destino histórico. Sin embargo, ello no debe hacer olvidar que la historia de América tuvo su origen en España. "Iniciar automáticamente la existencia de estos pueblos con el año 1810 y poner en voluntario olvido trescientos años de vida social en que se forjaron las bases culturales de todo el continente, es dejar sin significación el curso de los hechos, esconder el punto de convergencia familiar de veinte naciones y entregar, como consecuencia, a las generaciones futuras, una visión incompleta y adulterada de la historia" <sup>8</sup>.

Las obras más importantes y significativas de Jaime Eyzaguirre, sus brillantes ensayos *Hispano-América del Dolor* y *Fisonomía Histórica de Chile*, su estudio sobre *Ideario y Ruta de la Emancipación Chilena* y su inconclusa *Historia de Chile*, obedecieron fundamentalmente al propósito de comprender la historia americana y chilena en su contexto más general, pues, "sólo liberando la visión del pasado de un hermético provincianismo y ensimismamiento, e integrándola en el plano de la cultura de Occidente, se ilumina la razón del suceder colectivo y se le introduce en el cauce de la historia universal" <sup>9</sup>.

Si queremos precisar la posición de Jaime Eyzaguirre en la historiografía chilena y americana, podemos decir que él pertenece a aquel gru-

---

<sup>7</sup> *Fisonomía histórica de Chile*. Colección Tierra Firme N° 41. Fondo de Cultura Económica. México, 1948, 12.

<sup>8</sup> *Idem*, 7.

<sup>9</sup> *Historia de Chile. Génesis de la nacionalidad*. Zig-Zag. Santiago, 1965, 14.

po de historiadores y pensadores que, como Vasconcelos de México, Riva Agüero en Perú o Levene en Argentina, han elaborado una nueva visión de la historia hispanoamericana. En oposición a la interpretación predominante en el siglo XIX que, caracterizando el período colonial como una época de triste opresión y vergonzoso atraso, había querido hacer comenzar la historia de América recién con la Independencia; en oposición, por otra parte, a una interpretación puramente indigenista de la historia americana que ve en el elemento español y europeo un factor de alienación, Jaime Eyzaguirre se esforzó por comprender el significado de la labor de España en América y por interpretar la historia americana y chilena conforme a categorías universales.

En estos esfuerzos, Jaime Eyzaguirre procedió con objetividad y criterios científicos. Mas al mismo tiempo cada una de sus palabras es manifestación de un profundo y ardiente amor a Chile y por América, amor que le hacía preguntar por el ser y el sentido de este continente.

En uno de sus más bellos ensayos, *Hispano-América del Dolor*, describe así el alma de América: "América bárbara y cristiana. América la de los viejos adoradores del sol y de las culturas del oro y de la lana. América, la de la sangre noble de Castilla, de los firmes señores de la espada y de los siervos de la cruz. América una y doble, paradójal y armoniosa, tierra de batalla perpetua, de perderse y recobrase, de vivir eternamente muriendo. Esta es la América de la angustia, del agonizar sin límite, la América nuestra, india y española, que busca sin descanso su definición en lucha consigo y los demás. . . Del choque de razas inconexas, de angustias dispares, ha brotado el alma de América hispana. Alma compleja y múltiple, rica como ninguna y apenas revelada aun en sus posibilidades"<sup>10</sup>.

Jaime Eyzaguirre vivió intensamente las angustias de esta América hispánica y consagró su vida y su obra a la interpretación del alma de América, en la esperanza de que la reflexión sobre el pasado pudiese contribuir a encontrar el recto camino hacia el futuro.

Jaime Eyzaguirre fue historiador y como tal su labor consistió en la descripción objetiva del pasado. Pero así como toda auténtica historia, siendo profecía del pasado, brota de las inquietudes del presente y de las esperanzas del futuro, así también en la visión histórica de Jaime Eyzaguirre se integraron el pretérito, el momento actual y el porvenir, a la vez que el hecho histórico fue para él un signo a través del cual trató de descubrir el significado del acontecer temporal ante la eternidad.

La obra historiográfica de Jaime Eyzaguirre, siendo ciencia, es más que ciencia, es un mensaje, es testimonio, es verdad vivida que seguirá engendrando verdad.

---

<sup>10</sup> *Hispanoamérica del dolor*. Colección Hispano Americana. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1947, 7.